

de buen humor. Había sido oficial de marina, y en sus gestos y voz se adivinaba que salía del Océano y que venía de la tempestad. El huracán le acompañaba en medio de los combates. Sin tener en cuenta el genio, había en Cournet algo de Dantón; así como, prescindiendo de la divinidad, había en Dantón algo de Hércules.

Barthélemy, flaco, de pobre apariencia, pálido, taciturno, era una especie de pilluelo trágico, que, abofeteado por un municipal, le espió, le aguardó y le mató, habiendo ido á presidio á los diez y siete años. Salió é hizo esta barricada.

Más adelante, por una complicación fatal, hallándose ambos proscritos en Londres, Barthélemy mató á Cournet. Fué un duelo fúnebre.

Algún tiempo después, cogido en una de esas misteriosas aventuras donde la pasión se mezcla, catástrofe en que la justicia francesa ve circunstancias atenuantes y la justicia inglesa sólo ve la muerte, Barthélemy fué ahorcado.

La sombría construcción social está hecha de manera que, gracias á las privaciones materiales, gracias á la obscuridad moral, aquel desgraciado ser que contenía una inteligencia, firme de seguro, quizá grande, empezó por el presidio en Francia y acabó por la horca en Inglaterra. Barthélemy, en las ocasiones solemnes, no enarbolaba más que una bandera: la negra.

II

DE CÓMO EN EL ABISMO NO PUEDE HACERSE
MÁS QUE HABLAR

Diez y seis años habían pasado en la subterránea educación del motín, y junio de 1848 sabía más que junio de 1832. La barricada de la calle de la Chanvrerie era sólo un bosquejo y un embrión, comparada con las dos colosales barricadas que acabamos de describir; mas para su época era formidable.

Los insurrectos, bajo la inspección de Enjolras, pues Mario no veía ya nada, habían aprovechado la noche. La barricada había sido no sólo reparada, sino aumentada. Se la había levantado dos pies más. Algunas barras de hierro entre las piedras parecían lanzas en ristre. Escombros de diferentes clases, traídos de todos lados y añadidos, complicaban la armazón exterior. El reducto había sido restaurado hábilmente, por dentro como pared y por fuera como maleza.

Habiase recompuesto la escalera de adoquines que permitía subir á él como al muro de una ciudadela.

Se había hecho el arreglo de la barricada; la sala baja estaba libre de estorbos, la cocina convertida en hospital, la cura de los heridos practicada; se había recogido la pólvora esparcida por el suelo y en las

mesas, fundido balas, fabricado cartuchos, aprontado hilas, distribuido las armas caídas, limpiado el interior del reducto, quitado los escombros, llevado los cadáveres.

A los muertos se los depositó en la callejuela de Mondetour, de la que los insurrectos continuaban siendo dueños. Por mucho tiempo se han visto las sangrientas señales en el empedrado. Entre los muertos había cuatro guardias nacionales de las afueras, cuyos uniformes mandó recoger Enjolras.

Este había aconsejado dos horas de sueño. Un consejo de Enjolras era una consigna, y, sin embargo, sólo se aprovecharon de él tres ó cuatro personas. Feuilly empleó aquellas dos horas en grabar esta inscripción en la pared que daba frente á la taberna:

VIVAN LOS PUEBLOS

Estas tres palabras, escritas en la piedra con un clavo, se leían allí aún en 1848.

Las tres mujeres se habían aprovechado de la noche para desaparecer definitivamente; así quedaban más á sus anchas los insurrectos.

Sin duda ellas encontrarían medio de refugiarse en alguna casa vecina.

Casi todos los heridos podían y querían aún combatir. Había en la cocina, que, según hemos dicho, hacía veces de hospital, sobre una litera, formada de colchones y haces de paja, cinco hombres gravemente heridos, entre ellos dos guardias municipales. A estos últimos se les atendió primero.

En la sala baja no quedaron más que Mabeuf, cubierto con el paño negro, y Javert, atado al poste.

—Esta es la sala de los muertos,—dijo Enjolras.

En lo interior de esta sala, apenas alumbrada por una vela, hacia el fondo, hallándose la mesa mor-



Feuilly empleó aquellas horas en grabar en la pared.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

tuoria detrás del poste, como una barra horizontal, Javert y Mabeuf; el uno de pie y el otro tendido, figuraban una especie de cruz grande y algo vaga.

La lanza del ómnibus, aunque rota por los disparos de los fusiles, estaba aún en disposición de colgar de ella una bandera, y Enjolras, que tenía la cualidad, propia de un jefe, de ejecutar siempre lo que decía, ató á aquella asta el vestido agujereado y sangriento de Mabeuf.

No era posible preparar comida ninguna, pues no había pan ni carne. Los cincuenta hombres de la barricada, en las diez y seis horas que llevaban de estar allí, habían consumido pronto las mezquinas provisiones de la taberna. En un instante dado, toda barricada que resiste se convierte inevitablemente en la balsa de la Medusa. Fué preciso resignarse á tener hambre. Eran las primeras horas del 6 de junio, de ese día espartano, en que Juana, en la barricada de Saint-Merry, rodeada de insurrectos que pedían pan, respondía á todos aquellos combatientes:

—¿Para qué? Son las tres, y á las cuatro habremos ya muerto.

Como no había que comer, Enjolras prohibió que se bebiera. Quitó el vino y puso á ración el aguardiente.

Habíanse encontrado en la cueva quince botellas herméticamente selladas. Enjolras y Combeferre las examinaron. El último dijo mientras subía:

—Son efectos viejos del tío Hucheloup, que empezó por ser droguista.

—Esto tiene trazas de verdadero vino,—observó Bossuet.—Es una suerte que Grantaire duerma; pues si no, esas botellas peligrarían.

Enjolras, á pesar de los murmullos, puso su veto á las quince botellas; y para que nadie las tocara, y se las considerase como sagradas, las mandó colocar debajo de la mesa donde yacía Mabeuf.

A las dos de la madrugada se contaron los combatientes, y resultó que aún quedaban treinta y siete.

El día empezaba á despuntar. Acabábase de apagar la antorcha que se había vuelto á colocar en su alvéolo de adoquines. El interior de la barricada, especie de pequeño patio usurpado á la calle, estaba anegado en tinieblas, y se parecía, al través del vago horror crepuscular, al puente de un buque abandonado. Los combatientes, yendo y viniendo, se movían allí como formas negras. Por cima de este horrible nido de sombras, los pisos de las casas mudas se bosquejaban lívidamente, y en la parte superior se veían blanquear las chimeneas. El cielo ofrecía ese hermoso matiz indeciso entre blanco y azul. Los pájaros volaban, cantando alegremente. La casa alta que formaba el fondo de la barricada, mirando hacia Levante, tenía en su techo un reflejo de color de rosa. En el ventanillo del tercer piso, el aire de la mañana agitaba los cabellos blancos sobre la cabeza del hombre muerto.

—Me alegro de que hayan apagado la antorcha, —decía Courfeyrac á Feuilly.—Me incomodaba verla doblarse á impulso del viento, pues parecía tener miedo. La luz de las antorchas es como la prudencia de los cobardes; alumbra mal porque tiembla.

El alba despierta los ánimos como despierta á los pájaros. Todos hablaban.

Joly, al ver á un gato andando por la canal de un tejado, prorrumpió en este arranque filosófico:

—¿Qué es el gato? Un correctivo. Después de hacer Dios al ratón, hizo en seguida al gato. El gato es la fe de erratas del ratón. El ratón, más el gato, es la prueba revisada y corregida de la creación.

Combeferre, rodeado de estudiantes y de obreros, hablaba de los muertos, de Juan Prouvaire, de Baho-

rel, de Mabeuf, hasta de Cabuc, y de la tristeza severa de Enjolras. Decía:

—Armodio y Aristogitón, Bruto, Quereas, Stephanus, Cromwell, Carlota Corday, Sand, todos han tenido, después de dar el golpe, su momento de angustia. Nuestro corazón es tan propenso á estremecerse, y la vida humana es un misterio tan grande, que, aún en el caso de un homicidio cívico, de un homicidio libertador, si los hay, el remordimiento de haber herido á un hombre excede á la alegría de haber servido al género humano.

Y un minuto después, como acontece de ordinario en las conversaciones, por una transición á que dieron margen los versos de Juan Prouvaire, Combeferre se puso á comparar entre sí á los traductores de las Geórgicas, á Raux con Cournand, á Cournand con Delille, indicando los pasajes traducidos por Malfilâtre, particularmente los prodigios de la muerte de César. El nombre de César le condujo naturalmente á hablar de Bruto.

—César, —decía Combeferre, —mereció caer. Cicerón trató con severidad á César, y tenía razón para hacerlo. Aquella severidad no es la diatriba. Cuando Zoilo insulta á Homero; cuando Mevio insulta á Virgilio; cuando Visé insulta á Molière; cuando Pope insulta á Shakespeare; cuando Freron insulta á Voltaire, se cumple una antigua ley de envidia y de odio; los genios atraen la injuria; los grandes hombres son siempre más ó menos zaheridos. Pero Zoilo y Cicerón son dos entidades diferentes. Cicerón hizo con el pensamiento la misma justicia que Bruto con la espada. En cuanto á mí, vitupero esta última justicia; pero la antigüedad la admitía. César, violador del Rubicón, confiriendo, como precedentes de él, las dignidades que procedían del pueblo, no levantándose á la entrada del Senado, observaba, según dice

Eutropio, la conducta de un rey, y casi de un tirano, *regia ac pæne tyrannica*. Era un grande hombre; tanto peor, ó tanto mejor, pues la lección así es más elevada. Sus veintitrés heridas me afectan menos que la saliva escupida á la frente de Jesucristo. César es inmolado por los puñales de los senadores; Cristo es abofeteado por los sirvientes. Allí, donde es mayor el ultraje, se siente á Dios.

Bossuet, dominando desde la parte más alta de un montón de adoquines toda aquella charla, gritaba carabina en mano:

—¡Oh Cidateneo! ¡Oh Mirrimo! ¡Oh Probalinto!
¡Oh gracias de la Eántide! ¿Quién me dará que pronuncie los versos de Homero como un griego de Laurio ó de Edapteón?

III

CLARIDAD Y SOMBRA

Enjolras había ido á hacer un reconocimiento, saliendo por la callejuela de Mondétour y serpenteando á la orilla de las casas.

Los insurrectos estaban llenos de esperanza. La manera como habían rechazado el ataque de la noche, les inducía casi á despreciar de antemano el ataque de la mañana. Aguardábanle sonriéndose, y creían en el triunfo, tanto como en la causa que sustentaban.

Por otra parte, iba á llegarles evidentemente un socorro y contaban con él. Arrastrados por esa facilidad de profecía victoriosa, que es una de las fuerzas del francés en la lucha, dividían en tres fases seguras el día próximo á clarear: á las seis de la mañana, la unión de un regimiento *que estaba ganado*; á las doce, la insurrección de todo París; á la puesta del sol, la revolución.

Oíase la campana de Saint-Merry, que no había cesado un solo minuto de tocar á rebato desde la víspera; lo cual probaba que la otra barricada, la grande, la de Juana, seguía resistiendo.

Todas estas esperanzas se comunicaban de uno á otro grupo en una especie de murmullo, á un tiempo